

dulcísimo y filósofo el mas sabio de su época.» Véase cómo se expresa sobre la llegada de este profesor: «Siete siglos habia estado desterrado de Italia el estudio de la lengua griega, cuando vino Crisoloras, hombre docto y perito, y resucitó este estudio. A la sazón me estaba ocupando en el de la jurisprudencia, despues de haber estudiado otras materias, con deseo de aprender mas, y en particular dialéctica y retórica, pero siempre con la convicción de que no debía abandonar mi carrera; mas vino Crisoloras, y pareciéndome un crimen no aprovechar esta ocasion de aprender el griego, me dije: Tú, que admiras á Homero, Platon, Demóstenes y otros oradores, poetas y filósofos, que son tan ensalzados por todos, ¿serias capaz de dejar escapar esta ocasion de conversar directamente con ellos y aprender su sabiduría admirable? Por espacio de siete siglos no ha habido profesor de griego en Italia, y á pesar de esto hemos llegado á la convicción de que todo el saber viene de Grecia. Profesores de derecho civil tenemos en todas las ciudades de Italia, pero si se aleja de nuestro suelo este único profesor de lengua griega, ya no encontrarás á nadie que te la enseñe. Esta y otras razones me determinaron á ser discípulo de Crisoloras y tan grande fué el entusiasmo con que estudié, que lo que habia aprendido de día lo soñaba por la noche.»

A tanto llegó la celebridad de Leonardo Bruni que en cuantas ciudades visitó encontró gente empleada en copiar sus obras, recibió visitas de admiradores suyos de lejanas tierras, como de Francia y España, y algunos, poseidos de entusiasmo, se pusieron de hinojos para presentarle su homenaje. Durante buen número de años fué, despues, secretario del papa en Roma y otro tiempo regular ciller de la república de Florencia, que le encargó diferentes misiones diplomáticas, entre otras una cerca del papa Martin V para darle explicaciones satisfactorias respecto del adagio satírico:

*Papa Martino non vale un quattrino,
Braccio valente qui vince ogni gente.*

Dejó Bruni muchos escritos, como cartas, discursos, obras históricas, disertaciones filosóficas y traducciones, que todavía hoy conservan su mérito, aunque no se comprende que en su tiempo pudiesen dar lugar á la celebridad tan insólita que gozó su autor. Sus cartas contienen noticias sobre sucesos, obras literarias y lugares que visitó en sus viajes, entre cuyos lugares acostumbrada de bárbaros, que les solian dar los italianos. Estas cartas, escritas por un hombre dedicado toda su vida á las letras, contienen, como es natural, aun tratándose de las mas prosaicas, noticias eruditas. En algunas alaba tal ó cual idioma, pero nunca la lengua hebrea, que dice no proporciona ninguna satisfaccion por la falta de cultura de los judíos. En otras cartas intercala investigaciones sobre la formación y sucesivo desarrollo del idioma italiano derivado del latino, al cual venera y respeta en sus autores y no pierde ocasion de demostrarlo. Leonardo Bruni se muestra en todos sus escritos buen cristiano; deplora el cisma, desea la conciliación y union en la Iglesia; es partidario del papa reinante, aunque dice que lo es mas por deber y amistad que por concordancia de opinion; alaba la vida del claustro, á pesar de no ser la que lleva, tanto que no quiere ayudar á un fraile que desea abandonar su convento, porque dice que semejantes *relamenta inconstantie et vacillationis* no eran cosa suya; en cambio recomienda las ciencias sagradas, cuyo estudio, por duro que sea, debe ser, en su concepto, la mas dulce de todas las tareas.

En las cartas y mucho mas en las obras históricas brilla el amor patrio de Bruni. En las primeras ensalza á la Italia, dando la preferencia á diferentes ciudades, segun la patria de

la persona á quien se dirige. Los trabajos históricos pequeños en cuanto no tratan de la antigüedad, en cuyo caso están tomados de los autores clásicos, se refieren á la ciudad de Florencia. Las obras grandes son dos, una trata la historia de Florencia hasta 1404, en doce libros, y la otra describe la historia contemporánea desde 1378 hasta 1440, en dos libros. En la primera manifiesta el autor su patriotismo por do quiera, aun en los pasajes que es inoportuno. Enaltece á la Italia y á Florencia, su poderío, opulencia y riqueza, y mas como hijo que como historiador ensalza á su ciudad patria, Arezzo, hasta las nubes. Esta predilección no le induce, sin embargo, á ser injusto, pues en general es equitativo é imparcial, tanto que á pesar de su respeto á los autores clásicos antiguos, no admite ninguna fábula, sino únicamente hechos históricos. En política es republicano, como corresponde al hijo de una república, y por eso no habla de súbditos, sino siempre de ciudadanos, para los cuales, dice, no hay nada peor que la servidumbre. No es amigo de la nobleza, llama á los nobles insoportables y como defectos propios de la clase cita la ambición y la soberbia, opinando que entre los ciudadanos debe reinar perfecta igualdad.

Por otra parte cree en presagios, y entre otros que los cometes anuncian desgracias, y cita el que apareció despues de la muerte de Urbano IV, diciendo que habian ocurrido despues muchos sucesos que confirman la fama antigua de los cometes de ser precursores de grandes revoluciones políticas. Al hablar de los acontecimientos del año 1339 dice, á manera de los cronistas de la Edad media: «Muchas y horribles señales anunciaron derrotas venideras; un rayo cayó en el campanario de una iglesia; en las murallas de la ciudad, otro rayo dió en una puerta y mató á tres personas.»

En la historia de su época se atiende exclusivamente á los sucesos; empieza por el cisma, deplorándolo como todos los inteligentes, y concluye con la victoria de los florentinos cerca de Arghiari, en 1440, para poder sacar la consecuencia que pone al final: «Véase cómo el período de tempestades peligrosísimas en el cual nacimos, se ha trasformado en uno de dicha y prosperidad, para gran fama y júbilo de nuestra ciudad.»

Escribir la historia contemporánea le parece obra necesaria y meritoria, y asegura que por no haberse hecho siempre resulta que conoce mejor el tiempo de Ciceron y el de Demóstenes que la historia de Italia de 60 años atrás. La historia contemporánea, dice, ha de tratar de los hombres eminentes, de los sucesos notables y del progreso y desarrollo de los estudios. A pesar de esto, la de su tiempo no tiene, ni con mucho, este mérito. En cambio la de Florencia respira vida é interés, y en ella se descubren á menudo pruebas de las tendencias artísticas del autor, mientras él mismo dice en su *Historia contemporánea* que no es su intencion escribir historia y que se limita á registrar las cosas principales á manera de simple cronista. Por esta razon no pasa esta obra de ser una crónica; en ella habla de los concilios de Constanz y Basilea, mencionando solamente los hechos, las resoluciones y los resultados mas importantes, sin el mas leve indicio de interés. Tampoco lo muestra cuando tiene que hablar de su propia persona, cuando refiere el peligro de muerte en que estuvo en un motin que hubo en Roma, cuando habla de haber sido elegido decemviro y cuando trata de sus relaciones personales con varios papas, cosas todas que se prestarían á dar interés á la obra, que por cierto bien lo necesita.

Entre sus obras históricas menores merecen dos una mencion particular: la una es una disertación sobre la historia de Grecia, escrita con la intencion expresa de que «nos sirvan de enseñanza y escarmiento los peligros ajenos.» La otra

contiene las biografías de Dante y Petrarca, á quienes alaba debidamente, pero á quienes tambien critica por haber rebajado con su vida de amor, de suspiros y lágrimas la dignidad del hombre.

La grandísima celebridad de Leonardo Bruni debió de basarse sobre sus obras históricas, porque si de ellas se prescindiese, no se comprende la admiración de sus contemporáneos.

No sucede lo mismo con Francisco Poggio, otra notabilidad literaria de aquella época, que tambien escribió una historia de Florencia, pero que nada perdería de su celebridad aunque no la hubiese escrito. Esta obra comprende desde el origen de la ciudad hasta el año 1455, segun el autor, pero en realidad refiere solamente la historia de Florencia, á contar desde el año 1350, y no ofrece mas interés que haber sido escrita por un patriota contemporáneo ó poco menos. El lenguaje es bello como el estilo, imitados ambos de Tito Livio, «que sabia trasformar una tradicion cualquiera, insípida é insustancial, en relacion graciosa y rebosando vida. Sannazaro dijo en un epigrama que Poggio, en esta obra, con las alabanzas que hace de su patria y el odio que profesa á sus enemigos, se mostraba excelente patriota, pero pésimo historiador. Efectivamente, es demasiado parcial, y además ignorante en política. Puede decirse que para él como para Bruni todo el deber del historiador consiste en relatar las guerras y batallas, y hacer la apología de los varones célebres. Del desarrollo gradual de la constitucion florentina y de la descripción y apreciación de los bandos políticos que durante siglos se disputaron el poder y determinaron en parte los sucesos de Florencia, de todo esto no hablan; por cuya razon los criticó ya Maquiavelo diciendo que con esto presentan no solamente un cuadro incompleto sino absolutamente falso de la historia. «Se han equivocado mucho,—dice,—y han probado que concian muy poco la ambición del hombre y su afán de perpetuar su nombre, que tan grandes son que muchos, no pudiéndose distinguir con hechos laudables quisieron distinguirse cometiendo actos punibles. Estos autores no tuvieron presente que todo acto grande, como son los de los gobernantes y repúblicas, parece dar siempre mas fama que culpa, cualquiera que sea su carácter y resultados.»

Francisco Poggio era natural de Terranuova, cerca de Arezzo, por cuya razon podia contarse en cierta manera entre los aretinos notables. Nació en el año 1380, y se dedicó á la carrera eclesiástica sin hacerse ordenar; fué secretario del papa Martin V; vivió mucho tiempo en Florencia; despues, en el pontificado de Nicolás V, en Roma; á la edad de 72 años pasó otra vez á Florencia, que le habia nombrado ciller, y pocos años despues murió, es decir, en 1459. Era robusto de cuerpo y de espíritu, vividor é independiente. Vivió en íntimas relaciones con una mujer que le dió catorce hijos, y contestó á las críticas que se le dirigieron que él no habia recibido las sagradas órdenes y que no hacia mas que imitar la costumbre antigua del clero. En el año 1433 abandonó sin embargo á su compañera y contrajo matrimonio legal con otra mujer, con la cual tuvo cuatro hijos, que no sostuvieron, como tampoco los de la primera, la fama adquirida por su padre.

La influencia de Poggio en el renacimiento de las letras fué grande, como lo fueron su talento é instruccion. Sabia el latin y el griego, conocia bien los autores antiguos; escribió con elegancia y facilidad, tuvo el valor de sus opiniones en todos los terrenos, en las ciencias, en la moral, en la política y en la religion; y finalmente, era satírico y pendenciero indomable, tanto que esta tendencia á descubrir las hipocresías y ridiculeces que observaba en torno de sí, forma, con su entusiasmo por las letras clásicas antiguas, los dos rasgos mas característicos de su genio.

Su vena satírica se desahogó principalmente en sus *Faccias*. Entonces se decia de los florentinos que tenian la vista larga y la lengua afilada, y Poggio, que aunque no era precisamente hijo de Florencia lo era de su territorio, no desmintió este dicho, pues pocos serán los que hayan observado las ridiculeces, tonterías y perversidades de sus contemporáneos con igual precision que Poggio y las hayan referido con mas fruicion maligna que él. Como todo coleccionista de chistes, refiere cuentos conocidos en todos los países y épocas, pero estos son pocos; la mayor parte de las ocurrencias pasaron á la vista del autor ó le fueron referidas por los interesados ó testigos oculares, ó bien fueron inventadas por él y sus amigos en el mentidero de la curia en Roma. Por eso los protagonistas son personas establecidas á la sazón en Roma, ó ciudadanos de Florencia, que el autor introduce ya con sus nombres verdaderos, ya con otros supuestos pero transparentes. Muchos de ellos pertenecen á la Iglesia, y de estos la mayor parte son frailes, cuyas bribonadas, ignorancia, soberbia, petulancia é inmoralidad pintó con los colores mas vivos, exponiéndolos á la risa pública con los demás personajes, necios, malvados, maridos engañados y mujeres disolutas. Por lo demás, rara vez pinta maridos libertinos y esposas castas y engañadas.

A los frailes vapulea Poggio con mas satisfaccion que á nadie, y esto en todas sus obras, hasta en aquellas que menos se prestan ó donde menos se espera, como en sus cartas, discursos y disertaciones. Entre los diálogos que escribió hay uno sobre la avaricia, vicio que condena en los términos mas violentos, mientras se muestra muy tolerante con los extremos en cierta manera opuestos, la gula y el despilfarro, en el cual dice: «No me hables de esos brutos, farsantes é hipócritas vagabundos, que bajo la capa de la religion viven sin trabajar, y predicando á otros la pobreza y el desprecio del mundo, sacan pingües beneficios de sus sermones.»

En otro diálogo sobre la miserable condicion humana (*De miseria humana conditionis*), así como en otros escritos de esta clase, tanto de Poggio como de otros autores contemporáneos suyos, se presenta como interlocutor Cosme de Médicis, el cual fustiga tambien en los términos mas vigorosos á los frailes, llamándolos bribones miserables, condenados á la muerte eterna, mientras creen ganar el cielo con la pretendida vida de pobreza y miseria que llevan.

En una carta dirigida á Leonardo Bruni trata de «la condena y ejecucion del hereje Jerónimo de Praga» en Constanz, en el año 1416. Este escrito es en realidad una protesta enérgica contra las persecuciones religiosas del clero. Al decir hereje, añade Poggio: «Si es verdad lo que se dice sobre este asunto, pues no es incumbencia mia juzgar cosas tan difíciles.» Luego deja traslucir su opinion verdadera, alabando la elocuencia y erudicion de la víctima, y concluyendo, despues de excusarse por no haber citado algun ejemplo de la antigüedad, que nada ofrece la antigüedad de análogo á este suceso, presenciado por el autor, «porque Mucio Escévola no sufrió con ánimo tan tranquilo la quema de su mano como este (Jerónimo de Praga) la de todo el cuerpo, ni Sócrates bebió con tan noble firmeza la copa de veneno como este soportó el fuego.»

No perdonó Poggio tampoco la política, cuyos vicios y abusos vituperó, ya en términos serios, ya con una ligera dosis satírica y de mofa; y no se dirige contra la clase media, sino contra las personas poderosas y encumbradas que han usurpado una categoría superior á la del simple ciudadano, es decir, contra los nobles. En un diálogo sobre la desgracia de los príncipes (*De infelicitate principum*) en el cual figuran como interlocutores Cosme de Médicis, Niccoli y el papa Eugenio IV, cuya desgracia es el motivo del diálogo, ataca

Poggio el régimen monárquico de su época, cuyo origen atribuye a la usurpación brutal; condena el espíritu cobarde del pueblo y la impunidad con que los soberanos y príncipes cometían todos los crímenes, y pide que los que ocupan tan elevados puestos se hagan dignos de ellos por su virtud, honrando las ciencias y a sus representantes. En otro diálogo sobre la nobleza (*De nobilitate*), que es una controversia, ataca el mismo autor con rudeza todavía mayor a los nobles, a quienes defiende Lorenzo de Médicis, hermano de Cosme, apoyándose no en su conveniencia ni en su virtud sino en autores antiguos, para justificar con su autoridad la legitimidad de la institución. Poggio, sin embargo, solo quiere reconocer la nobleza basada en el mérito personal, diciendo: «El noble está tanto más distante de la verdadera nobleza cuanto mayor es la serie de antepasados criminales que ha tenido. La pasión por la cetrería y la caza, exclama, huele tanto a nobleza como los nidos y cubiles de los animales a bálsamo. El cultivo de la tierra, a que se aplicaban los antiguos, es ocupación más noble que el correr por montes y selvas como los animales a los cuales se persigue. La caza podrá tolerarse como oficio para ganarse la vida, pero nunca como recreo.»

En otros escritos despliega Poggio su energía para defenderse contra los ataques de sus contrarios ó para atacar a las personas que no merecían el honor de una contestación ya por su insignificancia, ya por su carácter indigno; pero Poggio es entre todos los polemistas exagerados del Renacimiento, el más incorregible; ataca a las personas más eminentes por la ofensa más fútil, que desaparece por lo común bajo un alud de invectivas. Así sucede en sus escritos contra el antipapa Félix, cuyo competidor victorioso, Eugenio, mantenía relaciones amistosas con Poggio, y en las polémicas con Francisco Filelfo y Lorenzo Valla, ambos tan violentos en estas guerras de pluma como su contrario. Hoy excita lástima, cuando no repugnancia, leer estas disputas rudas de hombres doctos y de talento por futilidades miserables, y el afán de rebajar a personas dignas cuya protección buscaba quizás el mismo autor con humildad fingida cuando las necesitaba.

En estos como en todos sus escritos, muestra Poggio un conocimiento grande de los autores clásicos antiguos, y no menos amor, respeto y veneración a toda la antigüedad. Tradujo obras de autores griegos, como Luciano, Diodoro Sículo y Jenofonte, a las cuales añadió observaciones interesantes y eruditas sobre cada uno de ellos; publicó una colección de descripciones de los restos de la Roma antigua, y otra de inscripciones, obra que desgraciadamente se ha perdido; coleccionó también bustos y medallas, y en su gran diálogo histórico-moral sobre la fortuna variable (*De varietate fortuna*), que tiene gran mérito para la historia y es, al mismo tiempo, interesante por el sentimiento, describe con notable criterio y vastos conocimientos las ruinas y los restos de la pasada grandeza.

Si todo lo que dejamos apuntado coloca muy alto a Poggio entre los apóstoles y columnas del Renacimiento, mayor es el mérito que contrajo para con la civilización como investigador y descubridor afortunado de manuscritos, a cuyo fin recorrió la Francia, la Inglaterra y la Alemania. Él fué quien descubrió a Quintiliano y sacó la primera copia de su propio puño; también sacó ó hizo sacar seguramente las primeras copias de Lucrecio, Silio Itálico y Amiano Marcelino; y finalmente, es más que probable que también fuera él quien descubrió los primeros libros de los anales de Tácito. No disminuyen tan preclaros méritos las alabanzas que Poggio mismo hace de sus trabajos, porque los sacrificios y penalidades que le costaron no pueden apenas concebirse hoy, y

el resultado fueron tesoros para la sociedad inteligente cuyo acceso limpiaron y allanaron cabalmente los Poggio y otros humanistas. Tampoco disminuye el mérito de este autor la manera poco legal con que se apropió en sus viajes muchos manuscritos, libertándolos, como él dice, de las mazmorras (*ergastula*) en que los bárbaros (es decir, los alemanes) los tenían enterrados vivos, cubiertos de montones de escombros y polvo. A estos bárbaros había conocido Poggio en la célebre y antigua abadía de San Galo, en Suiza, y en Constanza, donde estuvo en la época del concilio y presenció la quema de Jerónimo de Praga. Quizás fué allí donde conoció a Cosme de Médicis, joven entonces como él, y al cual, como a toda su familia, permaneció fiel hasta su muerte, aunque la fidelidad no era el rasgo principal de su carácter.

Cosme de Médicis, en su juventud, había tenido relaciones importantes y de mucha trascendencia con el papa Juan XXIII, y cuando hombre maduro vivió en gran intimidad durante algunos años con el papa Eugenio IV. Este último, por varios motivos, trasladó el concilio reunido en Ferrara en 10 de enero de 1439, a Florencia, donde permaneció cuatro años con todos los honores de papa no obstante haber sido destituido por el concilio reunido en Basilea, por resolución del 25 de junio de 1439. Destituido y todo, mirado con aversión como representante de la Iglesia por más de un incrédulo y por los enemigos de la preponderancia eclesiástica, y además poco simpático a muchos florentinos por ser hijo de Roma, supo, sin embargo, imponer, conmovedor y electrizar en gran manera la multitud, en aquel tiempo tan impresionable, cuando asistía a los actos solemnes de la religión, revestido de toda la pompa deslumbradora del pontificado, pues a pesar de las befas que los florentinos hacían del papado, apreciaban muy mucho las bendiciones papales, cuando desde lo alto de un estrado levantado en el claustro de Santa María Novella daba la bendición é imploraba el auxilio divino para sí y para el pueblo. Con mayor satisfacción debió mirar Eugenio el reconocimiento solemne de la autoridad pontificia y por consiguiente de la suya, hecho el 6 de julio por los griegos, y la unión de la Iglesia griega con la de Roma, unión por tanto tiempo deseada y finalmente realizada bajo su reinado. Verdad es que apenas podía llamarse unión la renuncia del más débil a pretensiones sostenidas durante siglos sin poder conseguir nunca su objeto; verdad es, también, que el pueblo bizantino y griego desaprobaba tal unión, y los más fanáticos consideraron la toma de Constantinopla por los turcos, en 1453, como un castigo de Dios por la excesiva condescendencia que habían mostrado en el concilio de Florencia los representantes de su Iglesia; pero a pesar de todo y aunque tres patriarcas que perdieron a consecuencia de la unión sus patriarcados, condenaron en 1443 solemnemente el concilio de Florencia como sínodo furtivo y usurpador, el papa, los florentinos y todos los italianos en general, siempre que se trataba de la Iglesia griega, sostenían que todos sin diferencia de nacionalidad eran buenos católicos, apostólicos romanos, y miraban con satisfacción y orgullo el precioso documento que contenía la declaración siguiente de los representantes griegos: «Declaramos que la Santa Sede Apostólica y el papa de Roma tienen el primado sobre todo el mundo; que el papa de Roma es el sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, el verdadero representante de Jesucristo, la cabeza de toda la Iglesia, el padre y maestro de todos los cristianos, al cual el Señor por medio de San Pedro concedió entero poder de cuidar, gobernar y administrar la Iglesia universal en la manera fijada por los sínodos generales y los cánones. Confirmamos también y reconocemos la jerarquía de los demás patriarcas,

tal como se halla establecida en los cánones, a saber, que el patriarca de Constantinopla tiene la categoría inmediata después del obispo de Roma, siguiendo por orden de categorías los de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, que conservan todos sus fueros y derechos.»

Sin embargo, no estriba en este resultado del concilio de unión de Florencia la importancia que tiene para la historia del Renacimiento, sino en la participación de los griegos en él y en la circunstancia de hallarse entre estos Gemisto Pleton y el cardenal Besarion, que con su presencia y su enseñanza ejercieron un influjo grandísimo sobre el movimiento intelectual sucesivo.

Gemisto nació en 1355 y murió en 1450. Adoptó el nombre de Pleton, por su analogía con el de Platon, cuando ya estuvo en Italia. Después de haber permanecido mucho tiempo en la «corte de los bárbaros», es decir, en Adrianópolis, residencia del sultán, vivió en Esparta como político, teólogo y filósofo docente y militante. En 1439 acompañó al emperador al concilio de Florencia, aunque once años antes había desaprobado la unión de las dos Iglesias, la griega y la romana. Una vez en el concilio, dedicó la mayor parte de su tiempo, no a los trabajos de unión sino a enseñar la filosofía platónica, produciendo en sus oyentes y discípulos, entre los cuales figuraban también el mismo Cosme de Médicis y el célebre Pomponio Leto, una impresión profundísima que uno de sus discípulos pintó con las expresiones siguientes: «Asombrados dejó este hombre a los romanos (los italianos) con su sabiduría, virtud y vigoroso discurso. Mas que el sol resplandecía entre los que le escuchaban; los unos le ensalzaban como el maestro y bienhechor de todos, y otros le llamaban Platon y Sócrates.»

Gemisto Pleton no solamente enseñó de viva voz, en discursos, sino que también escribió, siendo su principal trabajo el que lleva por título: «Las leyes» (*oi nomoi*), que fué leído con afán y creído casi como un Evangelio por sus contemporáneos, pero condenado obra herética por su adversario Genadio, fué quemado al fuego en virtud de este juicio sumario, y se han conservado de él tan solo fragmentos.

El objeto de este libro era nada menos que demostrar la necesidad de una revolución política, social y religiosa, completa y radical. En el concepto de religión volvió a proclamar a Zeo (Júpiter), dios supremo que tenía a su lado y bajo su dirección otras divinidades de segundo y tercer grado para dirigir el universo. El hombre no es igual a los dioses, pero se esfuerza por llegar hasta igualarse con ellos, en cuyo trabajo le auxilia su alma inmortal, que siendo puramente una propiedad humana, jamás puede penetrar en el reino de los dioses, sino que ha de pasar de un cuerpo a otro, pues que solo puede existir unida a un cuerpo humano. En la defensa que hace de este sistema, basado en la inmortalidad del alma y en la metempsicosis, ataca Pleton resueltamente a los cristianos, a quienes califica de sofistas, de la manera siguiente:

«Solo en estos principios (la inmortalidad y la metempsicosis) podemos encontrar la felicidad pura en cuanto nos es dable alcanzarla. Los partidarios de todas las demás doctrinas se quedan tan alejados de la dicha cuanto estas doctrinas se alejan de la nuestra, y en la misma proporción se aproximan a la desdicha, de suerte que las personas más desdichadas son aquellas que profesan las doctrinas más distantes de la nuestra, porque en su ignorancia de las cosas más sublimes, se revuelcan en las tinieblas más terribles....»

«...Sin embargo, podrían objetar algunos que hay sofistas que prometen a sus muchos adeptos bienes mayores que nosotros hemos anunciado al hombre, por ejemplo cuando sostienen que al hombre aguarda una inmortalidad absoluta sin comunicación con los mortales, mientras nuestra doctrina

enseña que el alma no cesa de unirse a la naturaleza mortal cuando en el trascurso del tiempo le toca mudar de puesto. Ciertamente es que todas las personas de buen criterio opinan que es más prudente aceptar la opinión de los que prometen cosas creíbles que la de los que prometen más, porque la mayor desgracia es errar en cosas referentes a los dioses y a los conocimientos más importantes para el hombre. Esto explica por qué las personas de recto criterio creen nuestras revelaciones más elevadas que las promesas de aquellos sofistas.»

En su sistema de gobierno parte de las circunstancias políticas existentes y considera como misión principal suya poner orden en el estado desordenado del imperio griego. La mejor forma de gobierno es para él la monárquica, porque le guía el principio de que el Estado debe ser una copia del mundo divino; el rey debe gobernar en unión con un consejo compuesto de los hombres más aptos, ó a falta de varios, con uno solo; el ejercicio de algún comercio incapacita para todo puesto gubernativo. Juzga innecesaria la limitación del poder real por representantes del pueblo, pero divide al pueblo en tres clases, agricultores, industriales y gobernantes, que comprenden los guerreros y los sacerdotes. Monjes no deben tolerarse de ninguna manera y contra ellos lanza las invectivas más duras. Sobre cada una de las tres clases citadas debe pesar, a su juicio, una tercera parte de los impuestos. Entre las reformas que recomienda Gemisto son particularmente notables la formación de un ejército nacional, compuesto de hijos del país, porque juzga perniciosos los ejércitos mercenarios, y la prohibición de mutilar a las personas, pero no se opone a la pena de muerte. Sus ideas respecto de la industria y del comercio son peregrinas. No quiere moneda acuñada, sino que se paguen los impuestos y los sueldos en productos; quiere aislar a su país de los demás países, pues propone que se haga imposible por medio de crecidos derechos la extracción de materias que se pueden emplear en el propio país; en cambio permite la importación libre y sin gravamen de aquellos objetos que se necesitan en absoluto y en el país no se produzcan.

El otro miembro griego del concilio de unión celebrado en Florencia fué el cardenal Besarion, que vivió desde el año 1403 hasta 1472. Fué discípulo de Gemisto Pleton, a cuya muerte manifestó el respeto y veneración que le inspiraba aquel filósofo en una carta de pésame que es una corta pero brillante necrología del maestro difunto, a quien considera como un ser sobrenatural y le coloca sin vacilar al lado de los varones más eminentes de la antigüedad.

Desde el año 1440 vivió Besarion permanentemente en Italia y la influencia que durante 32 años ejerció sobre los italianos le asegura un puesto de honor en la historia del Renacimiento en Italia. Esta influencia le costó menos que a otros, porque siendo natural de Grecia, aprendió jugando el idioma que los italianos más capaces solo llegaban a poseer a fuerza de trabajo y perseverancia, y los menos sobresalientes no aprendieron nunca. Además, al defender y exaltar a Platon lo hizo no solamente con el celo y fanatismo del hombre erudito, sino también por patriotismo, porque las obras de Platon habían sido hasta entonces un legado exclusivamente griego, mientras los escritos de Aristóteles habían pasado a muchos pueblos de diferente civilización é indole, y bajo las formas más estupendas a veces habían abierto el derrotero de la civilización de la Edad media. Este ardor científico y patriótico se hizo en Besarion mucho más intenso cuando escribió su gran obra: «Contra un calumniador de Platon» (*In calumniatorem Platonis libri IV*), contra otro erudito griego, Jorge de Trebisonda, que en un libro titulado: «Comparación entre Aristóteles y Platon» (*Comparatio Aristotelis et Platonis*)